



Capítulo VI

EL TIEMPO DEL CORAZÓN

“Los logros culturales de la humanidad, a los que pertenece la filosofía, se deben a una atención profunda y contemplativa. La cultura requiere un entorno en el que sea posible una atención profunda. Esta es reemplazada progresivamente por una forma de atención por completo distinta, la hiperatención. Esta atención dispersa se caracteriza por un acelerado cambio de foco entre diferentes tareas, fuentes de información y procesos. Dada, además, su escasa tolerancia al hastío, tampoco admite aquel aburrimiento profundo que sería de cierta importancia para un proceso creativo”

—Byung-Chul Han, «El aburrimiento profundo», en *La sociedad del cansancio*

Una ecología de la imaginación

La vida de Terranova continuó desplegándose alrededor de la planta nacida de la Semilla Dorada. Las exploradoras y los exploradores comprendían que la misión de recuperar la Fantasía apenas comenzaba y que devolver la palabra a los antiguos habitantes de la Isla significaba mantener vivas sus historias. Cada cuento recuperado ampliaba el territorio simbólico de la comunidad y ofrecía nuevas formas de comprender el mundo que seguíamos construyendo juntas y juntos.

HABITAR EL MISTERIO

Las historias comenzaron a circular por múltiples lenguajes. Algunas veces llegaban mediante la lectura compartida; otras aparecían dibujadas, dramatizadas, representadas con títeres o convertidas en poemas y canciones que resonaban por los refugios. Cada forma expresiva abría un camino diferente para encontrarse con los personajes y permitía que cada niña y cada niño encontraran una manera propia de habitarlos. Íbamos descubriendo que la imaginación también necesita diversidad de lenguajes para desplegar toda su potencia creadora.

Entre las historias que acompañaron aquellos días se encontraba La Cenicienta. Coincidió que una nueva versión cinematográfica acababa de estrenarse en las salas de la ciudad y decidimos compartir también esa experiencia. Después de verla, regresamos a Terranova para jugar a La Cenicienta, junto a la planta nacida de la Semilla Dorada, porque las historias también necesitan ser narradas una y otra vez para continuar respirando entre quienes las reciben.

Pocos días después ocurrió uno de esos acontecimientos que sólo el juego simbólico vuelve plenamente verosímiles. Mientras las niñas y los niños conversaban sobre la historia, Cenicienta apareció recorriendo los senderos de Terranova en busca de su zapatilla de cristal. Agradeció a las exploradoras y los exploradores por haber rescatado su historia del olvido y, antes de partir hacia el baile, les recordó que cada cuento recuperado fortalecía la Fantasía y alejaba un poco más a los Hombres Grises.

Esta aparición fue posible gracias a un grupo de estudiantes de bachillerato del semillero de teatro que, desde la primera visita a la Isla de la Fantasía, se había unido generosamente a la travesía. Prestaban su cuerpo y su voz a los personajes, para que estos encontraran nuevas formas de regresar al territorio. Las niñas y los niños acogían aquellos encuentros con absoluta naturalidad.

Las historias siguieron llegando a la planta de la Semilla Dorada. Cada relato compartido parecía despertar nuevas memorias y, durante algún tiempo,

continuaron apareciendo entre sus ramas objetos pertenecientes a los antiguos habitantes de la Isla. Sin embargo, otro fenómeno comenzó a llamar la atención de la comunidad. Conforme los cuentos eran leídos, dramatizados, cantados y narrados una y otra vez, aquellos objetos empezaban a desaparecer. La comunidad observó aquel acontecimiento con el mismo cuidado con el que había acompañado cada uno de los misterios anteriores, y después de muchas conversaciones formuló una conjetura que reunió el asombro de todas y todos. Los personajes recuperaban sus pertenencias porque las historias los habían rescatado del olvido, Caperucita volvía a encontrar su capa, Cenicienta su zapatilla, la Bella Durmiente su huso, mientras tanto los antiguos habitantes de la Isla regresaban poco a poco a sus propios mundos.

Aquella comprensión transformó profundamente la misión que la comunidad había asumido desde el comienzo de la travesía. Narrar también constituye una forma de cuidar. Cada historia compartida devuelve presencia a quienes parecían haberse perdido en el olvido y permite que su legado encuentre nuevamente un lugar entre quienes continúan habitando el mundo. Ricoeur (1996) mostró que los relatos configuran la experiencia porque ofrecen una trama desde la cual comprendemos quiénes somos y cómo participamos en la historia que recibimos. En Terranova ese movimiento adquiriría una dimensión todavía más amplia. Los cuentos no sólo configuraban la experiencia de cada niña y cada niño; también mantenían viva la memoria simbólica de toda una comunidad. Eliade (1963) señaló que los grandes relatos permanecen vivos cuando una cultura continúa actualizándolos mediante sus ritos, sus narraciones y sus formas de vida. Cada cuento recuperado devolvía presencia a los personajes y ampliaba, al mismo tiempo, el horizonte desde el cual las exploradoras y los exploradores podían comprender su propia existencia.

Las huellas seguían apareciendo por el territorio, aunque algo en ellas comenzaba a transformarse. El gris cedía lentamente su lugar a otros colores y las niñas y los niños se preguntaban si aquella metamorfosis guardaba

relación con el regreso de los personajes. ¿Los Hombres Grises estaban perdiendo su fuerza? ¿El tiempo del corazón comenzaba a recuperar su lugar? Mientras esas preguntas seguían acompañando las conversaciones, la lectura compartida de Momo continuaba ofreciendo nuevas imágenes para pensar la vida y comprender que el tiempo humano florece allí donde existe espacio para el encuentro, la creación, el juego y el cuidado de los vínculos.

La naturaleza también seguía enseñando, los girasoles nacidos de las semillas oscuras alcanzaban su plena floración y despertaban una nueva curiosidad entre las exploradoras y los exploradores. Sus formas conversaban con los mandalas, con las semillas, con ciertas construcciones humanas e incluso con el propio cuerpo. Poco a poco descubrieron que la geometría sagrada recorría silenciosamente múltiples formas de vida y que la naturaleza, el arte y la cultura participaban de un mismo tejido de relaciones. Terranova continuaba creciendo porque cada descubrimiento alimentaba el siguiente y cada experiencia encontraba sentido al entrar en conversación con las demás.

De esta manera, la imaginación nunca habitó sola aquel territorio, encontraba su fuerza en una trama de relaciones donde los relatos dialogaban con la naturaleza, el juego con el conocimiento, el arte con la experiencia cotidiana y las preguntas con los vínculos que sostenían la vida de la comunidad. Ningún símbolo aparecía de manera aislada; cada imagen encontraba resonancia en otras imágenes, cada descubrimiento abría nuevas conversaciones y cada lenguaje ampliaba las posibilidades de los demás. La vida simbólica crecía gracias a esa red de encuentros que permitía a las niñas y a los niños volver una y otra vez sobre la experiencia para recrearla, enriquecerla y otorgarle nuevos sentidos.

Winnicott (1971) comprende que la creatividad florece cuando una cultura ofrece espacios donde la experiencia puede seguir siendo jugada, transformada y compartida. Bruner (1991) mostró, por su parte, que la mente humana construye significado al organizar la experiencia mediante relatos

que permanecen abiertos a nuevas interpretaciones, Terranova hacía visible ese movimiento, la imaginación encontraba allí un ambiente que la alimentaba continuamente y donde cada historia, cada objeto, cada rito y cada conversación se convertían en condiciones de posibilidad para el nacimiento de otras historias, otros símbolos y otras formas de comprender el mundo.

Pienso esa trama como una verdadera ecología de la imaginación. Así como un bosque encuentra su fuerza en la relación viva entre el agua, la tierra, la luz, las semillas y los innumerables seres que lo habitan, la vida psíquica alcanza su mayor fecundidad cuando crece en una comunidad donde los símbolos, los relatos, el arte, el juego, la memoria y los vínculos participan de un mismo tejido creador. Ninguno de esos elementos sostiene por sí solo la vida del bosque; del mismo modo, ninguna experiencia aislada alcanza a alimentar la imaginación. Es la conversación permanente entre ellas la que hace posible el nacimiento de nuevos sentidos y mantiene abierta la capacidad humana de crear mundo.

Liliana Bodoc (2012) recordaba que la Fantasía nunca ha sido un territorio de evasión, sino una de las formas más profundas de aproximarnos a la realidad. Los relatos fantásticos conservan preguntas que cada generación necesita volver a formular para comprender quién es, qué mundo ha recibido y qué mundo desea dejar. En Terranova esa intuición adquiría una forma visible. La Fantasía dejaba de nombrar un lugar distante donde habitaban personajes extraordinarios para revelarse como una fuerza cultural que mantenía viva la memoria, ampliaba la experiencia y permitía imaginar futuros que todavía buscaban una oportunidad para nacer.

Cada generación recibe esa ecología simbólica como una herencia y participa, al mismo tiempo, en la responsabilidad de enriquecerla para quienes llegarán después. Cuidar la imaginación significa cuidar las historias, los símbolos y los rituales mediante los cuales una comunidad continúa preguntándose por la vida, recreando el mundo que habita y manteniendo abierto el horizonte de aquello que todavía puede llegar a existir.

El tiempo de la cosecha

El año escolar se acercaba lentamente a su cierre y en Terranova ya no aparecían grandes sobresaltos ni nuevos enigmas. Los girasoles se mecían completamente abiertos bajo el sol, las bitácoras reunían meses de dibujos, preguntas y descubrimientos, los refugios conservaban la memoria de innumerables expediciones y la planta nacida de la Semilla Dorada continuaba creciendo entre los relatos que la comunidad seguía confiándole. El territorio parecía invitar a un gesto poco frecuente en la vida escolar: detenerse para reconocer aquello que había encontrado tiempo suficiente para madurar.

Con frecuencia la educación organiza su ritmo alrededor de la novedad, una actividad sucede a la siguiente, un proyecto reemplaza al anterior y los contenidos avanzan siguiendo la lógica del calendario. La infancia, sin embargo, parece conocer otra temporalidad. Las experiencias más significativas necesitan regresar una y otra vez sobre sí mismas; requieren repetición, espera, variaciones y encuentros sucesivos que permitan descubrir sentidos imposibles de advertir en un único instante. La profundidad no depende de la cantidad de acontecimientos que una propuesta logra producir, sino del tiempo que una comunidad permanece junto a ellos.

Terranova fue creciendo alrededor de esa decisión. Durante todo un año las niñas y los niños habitaron un mismo universo narrativo. Regresaron innumerables veces a las mismas preguntas, cuidaron las mismas semillas, recorrieron los mismos senderos, leyeron el mismo libro, volvieron sobre los mismos símbolos y permitieron que cada uno encontrara nuevas resonancias conforme ellas y ellos también iban transformándose. Lo que cambiaba no era la historia, sino quienes la habitaban; cada regreso revelaba un matiz diferente porque la experiencia nunca encontraba a la misma comunidad.

Después de acompañar toda esta travesía se hizo evidente para mí que la constitución subjetiva necesita duración. Ningún símbolo despliega toda su

fuerza en el instante en que aparece, así como ninguna emoción revela inmediatamente aquello que viene a enseñar. La confianza, la amistad, el duelo, el miedo, el asombro y la esperanza requieren un tiempo de elaboración que permita incorporarlos a la propia existencia. Dar tiempo a una experiencia significa ofrecerle la posibilidad de transformarse en mundo. Los griegos distinguían ese tiempo del que miden los relojes: mientras cronos avanza indiferente, en línea recta, acumulando horas iguales entre sí, kairós nombra el instante oportuno, el tiempo cualitativo que se abre cuando algo está finalmente maduro para ocurrir. Terranova enseñó que la subjetividad no se rige por cronos sino por kairós: no basta con que transcurran los minutos de una clase para que una pregunta se transforme en pensamiento, es necesario que la experiencia encuentre su propio momento de maduración, ese instante impredecible en que una semilla decide germinar. Por eso hablábamos del tiempo del corazón: un tiempo que no se mide sino que se cultiva, y que solo una comunidad dispuesta a esperar puede ofrecer.

Por eso el miedo y la tristeza también necesitaron su propio kairós: encontraron un lugar desde el comienzo mismo de la travesía, sin que nadie se apresurara a resolverlos. La desaparición de los habitantes de la Isla de la Fantasía interrumpió la alegría con la que las niñas y los niños habían llegado a Terranova y abrió una experiencia de pérdida que las personas adultas decidimos acompañar con cuidado. Aquella falta produjo inquietud, preguntas y deseo de búsqueda. En lugar de cubrir rápidamente el vacío con una respuesta tranquilizadora, permanecemos junto a la conmoción que había despertado en la comunidad, dándole el tiempo que necesitaba, para permitir que las niñas y los niños elaboraran sus propias formas de comprender lo ocurrido.

Esa decisión fue fundamental. La tristeza permitió reconocer que algo valioso se había perdido, y el miedo mostró que la vida de Terranova estaba comprometida con aquello que debía ser cuidado. Ambas emociones dieron espesor a la experiencia porque situaron a las exploradoras y los exploradores frente a un límite real dentro del mundo simbólico que estaban

habitando. La Fantasía se encontraba amenazada, los personajes habían desaparecido y la comunidad necesitaba responder. A partir de ese vacío comenzaron a surgir conjeturas, expediciones, pactos de cuidado, estrategias colectivas y actos de creación.

Dolto (1984) comprendía que la simbolización encuentra uno de sus puntos de partida cuando el deseo tropieza con un límite y la ausencia convoca la creación de nuevas formas de relación con el mundo. En Terranova, la pérdida dejó de ser únicamente un acontecimiento doloroso para convertirse en una fuerza organizadora de la travesía. Las niñas y los niños comenzaron a transformar la falta en pregunta, la pregunta en búsqueda y la búsqueda en imaginación compartida. Así, el miedo y la tristeza participaron en la constitución de una confianza más profunda, aquella que no nace de evitar la dificultad, sino de descubrir que una comunidad puede sostenerla, pensarla y convertirla en camino.

Ese camino, sin embargo, no podía recorrerse de prisa: el mismo kairós que maduraba las emociones sostenía también la constitución subjetiva. Así como los movimientos emocionales se despliegan en su propio tiempo, la subjetividad encuentra su posibilidad en un ambiente capaz de sostener los ritmos propios del desarrollo. Winnicott (1971) explica que la creatividad necesita continuidad más que aceleración; requiere un mundo que permanezca disponible mientras la experiencia encuentra lentamente la forma de incorporarse a la propia existencia — un mundo, podríamos decir, que sabe esperar el instante oportuno en vez de imponer el suyo. Daniel Stern (2010) permite profundizar esta idea al mostrar que ese tiempo sostenido no se inscribe únicamente como una sucesión de acontecimientos, sino como formas de vitalidad que organizan el sentido de sí. Lo que permanece en la memoria no son solamente los hechos vividos, sino la cadencia con la que fueron experimentados, las intensidades que los acompañaron y los movimientos afectivos que les dieron forma.

Pienso que Terranova intentó ofrecer ese ambiente y esa temporalidad. La comunidad aprendió a confiar en los tiempos de las semillas, de los relatos y

también de las niñas y los niños, comprendiendo que crecer nunca consiste en apresurar un proceso, sino en cuidar las condiciones que permiten su despliegue. Las expediciones, las cartas, el cuidado cotidiano de las plantas, la escritura de las bitácoras, el regreso constante a los mismos símbolos y las conversaciones que volvían una y otra vez sobre las mismas preguntas fueron configurando una cadencia compartida. Más que recordar una secuencia de actividades, las niñas y los niños llegaron a habitar una determinada manera de vivir el tiempo. La imaginación encontraba así el ritmo necesario para sedimentarse en la experiencia y pasar a formar parte de la constitución misma de la subjetividad.

En la misma vía Bachelard (1957) nos recuerda que los espacios llegan a convertirse en moradas cuando la memoria encuentra en ellos un lugar donde permanecer. Los refugios ya no eran solamente salones de clase, cada rincón conservaba el eco de una conversación, una expedición, una risa compartida o una pregunta todavía abierta. La arquitectura física había sido lentamente transformada por la arquitectura invisible de los vínculos, hasta convertir el territorio en una verdadera casa para la imaginación.

Esa experiencia me llevó también a interrogar la temporalidad que suele organizar muchas propuestas dirigidas a la infancia. Vivimos en una época que privilegia la rapidez, la acumulación de estímulos y la permanente sustitución de unas experiencias por otras. La fragmentación termina instalándose como una manera habitual de relacionarnos con el mundo. Paula Sibilia (2009) y Esteban Levin (2006) han advertido cómo esta aceleración empobrece la experiencia sensible y dificulta la construcción de una memoria capaz de otorgar continuidad a la propia historia. Frente a ello, Terranova eligió conservar un hilo narrativo durante todo un año, permitiendo que las experiencias dialogaran entre sí y que cada nuevo acontecimiento encontrara raíces en los anteriores.

Pienso hoy que aquella decisión fue mucho más que una estrategia metodológica: constituyó una manera de comprender la educación.

HABITAR EL MISTERIO

Una pedagogía de la permanencia reconoce que la infancia necesita tiempo para demorarse en las preguntas, volver sobre las emociones, transformar las pérdidas en símbolos y descubrir que una misma historia puede seguir revelando sentidos nuevos a medida que la vida también cambia. Permanecer no significa repetir lo mismo; significa permitir que la experiencia alcance la profundidad necesaria para transformarnos.

Esta es una de las tareas más medulares de quienes acompañamos a la infancia: crear las condiciones para que las semillas encuentren el tiempo de germinar, para que los relatos echen raíces, para que las emociones se conviertan en pensamiento y para que la imaginación alcance a formar parte de la manera como una comunidad comprende y habita el mundo. Las cosechas nunca dependen únicamente de la calidad de las semillas; también de la paciencia con que una comunidad aprende a cuidar el tiempo de su crecimiento.

La comunidad se convierte en narradora

Con el paso de los meses comenzó a producirse una transformación silenciosa que resultó tan importante como cualquiera de los grandes acontecimientos de la travesía. Terranova dejó de sostenerse únicamente gracias a las propuestas que el equipo de personas adultas preparaba para la comunidad. Poco a poco fueron las propias exploradoras y los propios exploradores quienes comenzaron a mantener viva la historia al recordar detalles de las expediciones ocurridas semanas atrás, a relacionar acontecimientos aparentemente distantes, a anticipar posibles desenlaces y proponer nuevas rutas para continuar la búsqueda. La historia había dejado de pertenecer exclusivamente al territorio para comenzar a habitar en ellas y en ellos.

Las conversaciones cotidianas revelaban con claridad ese desplazamiento. Bastaba que alguien encontrara una nueva huella, observara un cambio en la planta o recordara un fragmento de Momo para que inmediatamente

aparecieran relaciones con expediciones anteriores, personajes de los cuentos o acontecimientos vividos meses atrás. La memoria dejaba de organizarse como una sucesión de actividades escolares y comenzaba a adquirir la forma de un relato compartido donde cada episodio encontraba sentido gracias a los demás. La comunidad construía una historia común capaz de ofrecer continuidad a la experiencia.

Las bitácoras participaron en ese movimiento. Al comienzo habían servido para registrar hallazgos, dibujos e hipótesis; ahora comenzaban a convertirse en lugares donde las exploradoras y los exploradores reconstruían el recorrido realizado, reconocían las transformaciones del territorio y descubrían relaciones que durante la experiencia habían permanecido invisibles. Escribir, dibujar y volver sobre las propias páginas significaba también volver sobre sí mismas y sobre sí mismos. Cada registro permitía comprender que la travesía había transformado simultáneamente el mundo que investigaban y la manera como cada integrante de la comunidad comenzaba a habitarlo.

Ricoeur (1996) propone que la identidad tiene un carácter narrativo porque las personas llegamos a comprender quiénes somos al organizar nuestra experiencia en forma de relato. Pienso que Terranova permitió contemplar ese proceso a escala comunitaria, mientras las niñas y los niños narraban una y otra vez la desaparición de los habitantes de la Isla, el hallazgo de las semillas, el nacimiento del Poder Dorado o el regreso de los personajes, también iban tejiendo una comprensión compartida acerca de quiénes eran como comunidad y del lugar que cada una y cada uno ocupaba dentro de esa historia. La narración dejaba de ser un ejercicio de memoria para convertirse en una forma de constituir la experiencia. Jerome Bruner (1991) profundiza esta comprensión al señalar que las culturas se sostienen gracias a los relatos que una comunidad decide conservar, reinterpretar y transmitir. Narrar nunca consiste únicamente en recordar lo sucedido; significa organizar el sentido de la experiencia para hacerla habitable y compartirla con otras personas. Eso era precisamente lo que ocurría en Terranova. Cada recapitulación, cada

dramatización, cada conversación y cada nuevo cuento ampliaban el tejido narrativo que sostenía la vida del territorio; las historias ya no circulaban porque alguien las enseñara, sino porque la comunidad había descubierto el deseo de seguir contándolas.

Una propuesta educativa alcanza uno de sus momentos más fecundos cuando deja de depender de quien la diseñó y comienza a ser recreada por quienes la habitan; ese desplazamiento señala que la experiencia ha echado raíces. Los símbolos ya no necesitan ser explicados porque las niñas y los niños los incorporan a su manera de mirar el mundo; las preguntas encuentran nuevas voces que las continúan; los relatos empiezan a caminar por sí mismos y la imaginación deja de ser un recurso pedagógico para convertirse en una fuerza cultural compartida. Toda comunidad se constituye también por las historias que decide seguir narrando. En ese momento comprendimos que Terranova había dejado de ser únicamente un proyecto pedagógico para convertirse en una tradición naciente; la historia ya no pertenecía a quienes la habíamos imaginado; pertenecía a la comunidad que había decidido hacerla suya, transformarla y confiarla, a su vez, a quienes vendrían después.

La historia sale de Terranova

Toda historia encuentra un momento en que necesita abandonar el lugar donde nació para continuar viviendo en otros corazones. Después de tantos meses compartiendo expediciones, preguntas, cartas, semillas y relatos, comprendimos que había llegado ese instante para Terranova. La travesía había transformado profundamente la vida de la comunidad y ahora buscaba un nuevo territorio donde seguir creciendo: las familias.

La propuesta nació de las propias exploradoras y de los propios exploradores. Durante las últimas conversaciones comenzaron a reconocer que la misión de recuperar la Fantasía no podía detenerse en Terranova. Mientras recordaban las enseñanzas de Momo, una inquietud empezó a recorrer el grupo.

Hablaban de las tardes en las que todo ocurría deprisa, de los padres y las madres que siempre parecían correr de un lugar a otro, de los juegos aplazados porque había demasiado por hacer, y de las historias que muchas veces ya no encontraban un momento para ser contadas. Poco a poco fueron comprendiendo que los Hombres Grises también habían encontrado la manera de instalarse en la vida cotidiana de muchas familias, robándoles justamente aquello que durante todo el año habían aprendido a defender: el tiempo del corazón.

Entonces surgió una propuesta que conmovió a toda la comunidad. Si ellas y ellos habían aprendido a cuidar ese tiempo, también podían ayudar a sus familias a recuperarlo. La cercanía del Día del Padre ofrecía la ocasión perfecta para hacerlo y decidieron invitarlos a pasar una mañana en Terranova, recordar los juegos de su propia infancia y compartir, generación tras generación, el último capítulo de Momo. Más que una celebración, preparaban un acto de restitución. Deseaban regalar a quienes más amaban aquello que durante toda la aventura habían descubierto como el tesoro más valioso: un tiempo capaz de reunir nuevamente los corazones.

Los padres llegaron sin conocer del todo aquello que estaba a punto de ocurrir. El territorio les recibió con juegos sencillos que, poco a poco, fueron desarmando la prisa con la que solemos llegar a los encuentros cotidianos. Padres, hijas e hijos rieron, corrieron, recordaron juegos de su propia infancia y permitieron que el cuerpo encontrara nuevamente esa ligereza que tantas veces permanece escondida bajo las obligaciones de la vida adulta. Bastó un breve tiempo compartido para que las generaciones comenzaran a encontrarse desde otro lugar. Cuando el juego concluyó, invitamos a toda la comunidad a reunirse en la plazoleta para leer el último fragmento de Momo. Allí los esperaba una sorpresa. Sobre unas canastas descansaban decenas de ejemplares del libro, uno para cada niña y para cada niño. Durante un año entero aquella historia había permanecido en el centro de Terranova como un tesoro compartido; ahora encontraba nuevas manos para continuar su viaje.

HABITAR EL MISTERIO

Resultaba conmovedor contemplar la manera como recibían aquel regalo. Algunas niñas y algunos niños abrazaban el libro contra el pecho; otras personas lo abrían lentamente, pasaban las manos por la portada y respiraban el olor del papel antes de recorrer sus páginas. Sonreían, se mostraban las ilustraciones unas a otras y volvían a cerrarlo con cuidado. A partir de ese día, la historia podía viajar con ellas y con ellos mucho más allá de Terranova. Momo nunca había sido un libro cualquiera, había llegado como una pista escondida entre los misterios de la Isla de la Fantasía, había orientado expediciones, ofrecido respuestas, sembrado nuevas preguntas y acompañado el nacimiento del Poder Dorado; tenerlo ahora entre las manos significaba recibir una parte de la historia que habían construido juntas y juntos.

Les propusimos sentarse junto a su invitado y abrir el libro por su último capítulo. Las niñas y los niños siguieron la lectura con el dedo mientras descansaban sobre las piernas de sus padres. La escena parecía detener el tiempo, los cuerpos encontraban una quietud serena; las voces compartían un mismo ritmo; las páginas pasaban suavemente mientras las palabras de Michael Ende regresaban, una vez más, al corazón de la comunidad.

"Entonces la nube de flores se posó lenta y suavemente, y las flores caían sobre el mundo detenido como copos de nieve. Y, al igual que los copos de nieve, se fundían y se volvían invisibles para regresar allí donde debían estar: en el corazón de los hombres." (Ende, 1973)

Aquellas palabras parecían haber esperado todo un año para ser pronunciadas en ese instante. Recordamos algo muy antiguo en la historia de la humanidad: que el tiempo es vida y que la vida encuentra su morada en el corazón cuando las personas logran detenerse para jugar, escuchar, narrar y permanecer unas junto a otras.

Después de esto, la última misión llegó como una consecuencia natural de todo el camino recorrido. Ayerlén, a través de una de sus habituales cartas,

nos había pedido ayudar al último Hombre Gris que todavía permanecía aferrado a la prisa y al olvido. La comunidad aceptó el desafío reuniendo todo aquello que había aprendido durante el año. El día de la clausura de este año escolar, en presencia de todas las familias y el equipo que acompañó la travesía, las niñas y los niños entonaron canciones que comenzaron a llenar el teatro; recitaron poemas que le devolvieron la palabra a los personajes; con títeres y dramatizaciones reconstruyeron el recorrido desde sus primeros pasos, así las niñas y los niños narraban a sus familias la historia que habían tejido juntas y juntos. Entre cada escena, la voz del Hombre Gris resonaba insistiendo en que la vida debía apresurarse, que no había tiempo para los cuentos, para el juego, para las canciones ni para la imaginación.

Sin embargo, cada nueva historia parecía devolverle un color, cada poema abría una pequeña grieta en el gris y cada canción hacía retroceder un poco más el olvido. Hasta que, finalmente, la voz que durante tantos meses había defendido la prisa se quebró con una dulzura que nos sorprendió.

—Me rindo... Quiero las historias. Quiero cantar. Quiero tiempo del corazón. Gracias, exploradoras y exploradores. Gracias. Ahora también soy un Ser Multicolor.

La celebración estalló entre abrazos, risas y canciones. Sin embargo, la transformación más profunda ya había ocurrido mucho antes: el último Hombre Gris había cambiado porque una comunidad entera había aprendido a vivir de otra manera el tiempo.

En ese momento tuve la certeza de que la Isla de la Fantasía nunca había esperado el regreso de sus antiguos habitantes: había esperado el nacimiento de nuevos guardianes. Las niñas y los niños abandonaban Terranova con un libro entre las manos. Pero yo sabía que llevaban algo mucho más antiguo que un cuento, algo que ningún equipaje puede contener. Cada una, cada uno, sin advertirlo, se había convertido en heredera y heredero de la Fantasía, responsable de sembrarla allí donde el mundo, algún día, volviera a necesitar tiempo del corazón.